

VIDAS EXÓTICAS

DE MANDARIN CHINO A MATADOR DE TOROS

Hong Chikeen, aventurero con Pancho Villa.—Diplomático y negociante.—Torero y nada más que torero



Hong Chikeen el torero chino, en traje de mandarin, siendo comandante de las tropas de Pancho Villa, en Méjico

NUESTRA salerosa raza, con sus costumbres típicas y su jacarandosa gracia, es más atractiva que todo el Cuerpo diplomático. Con el sombrero ancho, el traje de luces, las castañuelas y el mantón de Manila hemos conquistado las simpatías de los países extranjeros. El mantón de Manila ya se lo ponen con garbo hasta las rusas del Cáucaso. Las castañuelas están siendo la moda en las reuniones que celebra la aristocracia de Nueva York y California. El traje de lu-

ces ya lo visten algunos norteamericanos, franceses, portugueses y, desde ahora, chinos. Pronto veremos en las carreras de caballos de París y Londres el sombrero ancho cubriendo la cabeza de los elegantes.

Pero ¿un chino torero? Los maestros de la tauromaquia deben estar mohinos, porque esto les va á restar mérito á su ciencia taurina. Ya nos oliamos nosotros algo desde hace tiempo. Antiguamente, los toreros, como correspondía á su castiza tradición, tenían que ser, necesariamente, andaluces. De Córdoba, Sevilla ó Cádiz. Después comenzaron á salir toreros madrileños; luego, valencianos; más tarde, norteños, gallegos y catalanes. Ahora ya ¡hasta chinos!

Como corresponde á una vida de torero, Hong Chikeen tiene una existencia accidentada, llena de aventuras temerarias, de momentos felices y de horas trágicas.

Es impresionable y valiente, arriesgado y absurdo. Su afición á los toros viene siendo su ilusión desde que contaba quince años. Su padre tenía en Méjico un hotel, en el que paraban casi todos los toreros españoles. Allí, al contemplar el cadáver de Antonio Montes, fué tanta la impresión que le causó el entierro que le hicieron hasta dejarlo depositado en el barco, que ya no quiso ser otra cosa sino torero. Y fué torero.

En 1912 toreó en la principal plaza de Méjico, alternando con *el Tello*. Pero la vida es tan exigente, que á veces nos obliga á seguir rumbos distintos. Hong se vió entre las tropas revolucionarias que acaudillaba Pancho Villa. Este cabecilla mejicano le hizo comandante, y el chino realizaba con esto otro de sus sueños: ser mandarin.

Por disgustos con el jefe, se separó de aquellas tropas, y Pancho Villa, siempre sanguinario y feroz, le puso precio á su cabeza. Pasado este período revolucionario, volvió á ser torero. Una gravísima cogida que sufrió en Navalcalientes estuvo á punto de quitarle el tipo.

En años sucesivos fué representante en Méjico de la Corona china; después, en Tampico, y más tarde, en Venezuela. Pasó á ser intérprete oficial del Gobierno mejicano en el ministerio de Justicia, durante la guerra de Méjico con los Estados Unidos.

Los toros, sin embargo, eran su pesadilla. Volvió de nuevo á las plazas, y otra vez, en el Perú, un toro estuvo á punto de acabar con sus ilusiones.

—Si será grande el cariño que siento por el arte de torear—dice él mismo—, que he abandonado varias veces mi porvenir por vestir el traje de luces. En 1921 representaba en Tampico á la colonia china; tenía allí un sueldo de cuatro mil dólares mensuales y cinco automóviles, y todo lo dejé por unos contratos para torear que me ofrecieron. En Lima estuve á punto de casarme con varias millonarias; pero á ellas no les agradaba la fiesta española, y rompí las relaciones. Cuando estalló la revolución de mi país, yo, que soy revolucionario progresista, que es lo más radical, pude ocupar un alto cargo, y renuncié, sólo por no abandonar mi idea de venir un día á España y tomar aquí la alternativa. Nadie podrá decir que yo he venido aquí á ganar dinero. En el Perú y Lima

me pagaban las corridas á cuarenta mil pesetas, y aquí no gano más de tres mil. Allí, el público es menos exigente; en cambio, aquí quieren ver en mí á un Belmonte. Así y todo, yo no tengo miedo á los toros, y mi deseo es perfeccionarme en este arte para después marcharme á China y dar á conocer allí esta fiesta.

Al notar el asombro que nos producen estas palabras, continúa:

—Esto no es nada difícil ahora. El Gobierno republicano de mi país concede permiso para que se celebren toda clase de espectáculos. Allí se toreará, y quizá dentro de poco tiempo.

—¿Y exclusivamente ha realizado el viaje á España para estudiar la fiesta taurina?

—No. Actualmente estoy aquí comisionado por la colonia china de Venezuela para encargarse de un retrato del libertador Bolívar, destinado al centenario que se celebrará este año. La obra, que consiste en un busto de bronce, la está construyendo, en Barcelona, el escultor Bechini. Para final de temporada volveré á América del Sur, y regresaré á España definitivamente el año próximo para dedicarme exclusivamente al toreo.

—¿Y luego?...

—Ir á China, á mi patria; celebrar corridas como en España, y el dinero que me producen emplearlo en construir escuelas con profesores europeos, para que enseñen al pueblo artes y oficios que allí se ignoran. No es suficiente saber leer y escribir. Hace falta también aprender

una profesión para poder vivir. En China hay mucha falta de oficios. Los que pasan hambre es porque no saben trabajar en nada y están incapacitados para luchar.

Hong Chikeen, el mandarin chino, aventurero y matador de toros, quiere ser, al filo de su vida, un noble altruista. Yo esto lo encuentro muy natural y muy humano. Lo contrario de los que, naciendo altruistas, terminan sus días como empezaron los del chino.



Hong Chikeen, con el traje clásico de los toreros españoles



Hong Chikeen, el torero chino, que en traje de luces parece un torero de España